

NUESTRA FE Y NUESTRA BUSQUEDA DE LA JUSTICIA

Paul Caspersz

El que escribe estas páginas entró en el noviciado jesuita de India Meridional, con otros tres amigos, en 1942. Los cuatro habíamos tomado parte en el movimiento de “Acción Católica”, durante nuestros estudios superiores en Colombo. El fin del movimiento era hacer que la práctica de nuestra Fe fuera manifiesta en nuestra sociedad secular y no católica. Y yo naturalmente quería seguir adelante en ese ideal con más intensidad en la India. Entonces el país era una nación muy grande, que comprendía la India actual, Pakistán y Bangladesh. Ghandi y Nehru estaban en primera línea, luchando por la independencia. Me escribía un amigo, en vísperas de mi viaje desde Ceilán a la India: “Recuerda que vas a vivir y amar entre los indios”. Yo lo recordé, y tenía grandes esperanzas de ser, como novicio, de alguna forma, un testigo interesado de la lucha de la India por su libertad.

Nuestra desilusión iba a ser grande y penosa. Estábamos ciertamente en la India, pero la India para nosotros era lo mismo que si fuéramos novicios o juniores en Tokio, Londres, Nueva York, o en la luna. Se nos formaba para una espiritualidad incorpórea, muy alejada de los problemas reales de la gente: la extrema pobreza, los sufrimientos de los dalits (intocables), la opresión del sistema de castas, el poder opresor de los zamindars (terratenientes), la cultura, el arte y la religiosidad de la India. El noviciado tenía organizado un reparto de la comida sobrante, pero no estaba acompañado de un análisis social que explicase por qué jóvenes, como Veeran, el de ojos vivos pero con tos de enfermo, tenían que hacer cola para recibir comida. Aún recuerdo a Veeran y me pregunto a veces si habrá muerto de una temprana tuberculosis. No teníamos acceso a la radio o a los periódicos.

En Filosofía (1946-9), las cosas comenzaron a cambiar, pero lentamente. Yo fui el primer Lankan (de Sri Lanka) que fue enviado a Nápoles, Italia para la teología. Los cambios iban más deprisa. Oficialmente recibíamos sólo un diario católico, sobrio y seco como el polvo, “Il Quotidiano”, pero en vacaciones, y en algunos otros días varios de nosotros lográbamos leer “Il Mattino”, e incluso el diario comunista “L’Unità”. Algunos de mis compañeros italianos era partidarios, de palabra, de la Democrazia Cristiana della Sinistra. Y fue en Nápoles donde supe que Lercaro, el “Cardenal Rojo”, vivía en comunidad con doce “scugnizzi” (niños de la calle). “Si Dios me concede esa gracia”, fue mi oración, “yo también, algún día, viviré en comunidad con los pobres”.

No ocurrió tan pronto. Después de la teología en Italia, y de obtener un Master en Ciencias Sociales en Inglaterra, volví a Sri Lanka en 1957, pero no como yo pensaba y había propuesto a los superiores, para comenzar un Centro Social jesuita, sino a ser profesor en nuestra Escuela Superior en el Sur de Sri Lanka. En 1970, por falta de recursos económicos, los jesuitas tuvieron que entregar el centro al estado. Yo dejé el puesto de Principal de la Escuela Estatal.

La “gracia de Lercaro” llegó finalmente en 1972 a través del progresista Obispo Lankan (de Sri Lanka) Leo Nanayakkara OSB, que me dijo a finales de 1971: “He oído que busca usted un lugar donde pueda vivir con el pueblo y dedicarse a la investigación y acción social”. Y así el 11 de febrero de 1972 calentamos el puchero tradicional de leche y cuando creció y se derramó sobre las brasas, comenzamos el Satyodaya (“La Aurora de la Verdad”).

Ese puchero de leche fue un presagio del futuro. Era el primer gran momento crucial de mi vida desde que dejé mi casa para unirme a los jesuitas. Pero aquella mañana la ansiedad se mostraba claramente en nuestros rostros. ¿Era el fuego muy pequeño, o había poca leche, o el puchero era demasiado hondo? Si no se derramaba, las señales eran malas. Finalmente, tras mucho avivar el fuego, la leche hirvió y superó los bordes del puchero.

Fue como una profecía de los siguientes treinta años: luchas, dudas, ansiedad, dolor de cabeza y de corazón— las injusticias padecidas por el pueblo Tamil de las plantaciones, el conflicto inter-étnico, en todo el país, el futuro de las relaciones con los donantes extranjeros—. Pero también los grandes gozos y la camaradería en la comunidad Satyodaya, inter-étnica, inter-religiosa, inter-lingüística, mixta. Satyodaya era una institución, pero aún más era una visión, una estrella guía, y una esperanza. Pero no nos

— NUESTRA FE Y NUESTRA BUSQUEDA DE LA JUSTICIA —

hacemos ilusiones. El trabajo delante de nosotros es arduo y cuesta arriba. Necesito urgentemente la ayuda del Dios de la Justicia que me ayude a subir la cuesta.

El 11 de febrero de 1972 no había mucho lugar para la acción social, y, como el nombre Satyodaya, sólo pensábamos en la investigación social. Pero el 1 de julio de 1972 llegó la primera Ley de la Reforma Agraria, por la cual las plantaciones, de propiedad inglesa o local, quedaban nacionalizadas. La idea, pensábamos mis amigos marxistas y yo, era buena, era socialista y anti-imperialista. Su práctica, sin embargo, casi desde el primer día, era tremendamente racista. “El hombre blanco se ha ido. Ahora también os vais vosotros,” gritaban los matones a los indefensos trabajadores tamiles de las plantaciones.

Satyodaya interpretó los signos de los tiempos. Recuerdo con claridad el día en el que, con un estudiante universitario tamil fuimos al caer de la tarde a entrevistar a los tamiles, hombres y mujeres, expulsados de sus plantaciones, con apenas un día de aviso. Vagaban por las calles de las grandes ciudades en busca de alimento y cobijo. Después de más de dos horas de entrevistas, encontramos a un tamil, de unos 35 años de edad, que se expresaba con fluidez. Decidimos acompañarlo a un pequeño local de té, para hablar con él. Eran días de escasez aguda de alimentos en el país. Tan pronto como el propietario musulmán del local nos vio entrar, dijo: “no tenemos alimentos para vosotros dos, aunque podemos encontrar algo para el tamil”. “¿Cómo es eso?”, preguntamos. “Solamente tenemos roti (un tipo de pan áspero, hecho de harina) y algo del curry de patata, sobrante de la mañana.” “Precisamente eso es lo que queremos”, replicamos. Mi compañero universitario y yo estábamos hambrientos y sedientos, pero ambos notamos que el roti estaba pasado y el curry de patatas rancio. Nuestro acompañante tamil comió su ración rápidamente y se dio cuenta que nosotros rechazábamos el alimento y sólo bebíamos el té negro y muy caliente. ¿Porqué no coméis?, nos preguntó. “Realmente no tenemos hambre” le dijimos, sólo queríamos una taza de te. “Entonces, ¿puedo recoger vuestras raciones para mi mujer y mis tres hijos que están en el kovil (templo hindú), para pasar allí la noche? No han comido nada desde hace dos días”. Naturalmente le dijimos que sí. Todavía recuerdo con qué reverencia, casi religiosa, dobló en silencio los cuatro picos de la hoja de banano que contenía los alimentos, que iban a ser un festín para su mujer y sus hijos. No cabe dar marcha atrás en la lucha por la justicia mientras que esa escena siga en mi memoria.

En 1974 Satyodaya dio origen al Secretariado Coordinador de las Áreas de Plantaciones (CSPA), que es una Federación de organizaciones y grupos, que a partir de los horrores de 1971 comenzaron a preocuparse del pueblo tamil de las plantaciones. Después llegaron en 1977 los disturbios tremendos en toda la isla. Satyodaya intervino para ayudar en lo posible a las víctimas tameses. Socorrió a 2663 familias de plantaciones tameses, que lo habían perdido todo, o casi todo. En 1979 Satyodaya y CSPA contribuyeron a la formación del Movimiento Nacional para la Igualdad y Justicia Inter-racial (MIRJE). Satyodaya pasó de ser mayormente un centro de investigación socialista a ser un centro declarado de acción por la justicia social.

En el curso de su historia Satyodaya ha pretendido estar atenta a los vientos de cambio, que soplaban en las áreas religiosas y seculares: la aparición, del Tercer Mundo, tras la guerra, la rebeldía de los jóvenes en Sri Lanka, la inquietud de las clases medias y ricas ante su sistema actual de vida, el movimiento hippy

consecuente, el Segundo Concilio Vaticano, las llamadas urgentes a la justicia social del Consejo Mundial de las Iglesias, la Congregación General 32 de la Compañía de Jesús y especialmente su innovador decreto 4, la idea nueva y llena de vigor de que la suma y objetivo de la Espiritualidad Jesuita es buscar el encuentro con Dios en todas las cosas. Satyodaya ha creído que lo divino debe buscarse especialmente en el lugar favorito de la presencia de Dios, que es en los pobres, los desfavorecidos, los marginados.

Por eso algunas de las mejores oraciones del jesuita deberían tener lugar en el mercado, en el ruidoso acontecer de los hechos, que en la vida moderna se suceden unos a otros con sorprendente rapidez. La acción contra la injusticia y por la justicia en este mundo requiere una ideología que defina los valores y las metas, y señale las maneras de actuar. Pero sólo la ideología no es suficiente. Para los no creyentes la ideología debe estar enraizada en el compromiso personal con la liberación de los pueblos de las estructuras injustas y de la opresión, y para los creyentes en una fe viva en el Dios de la Justicia que viene a nosotros en Jesús. Ha sido mi experiencia al trabajar con grupos seculares, incluso con no creyentes, con ateos

*para los seguidores de Jesús
el Servicio a la Fe florece con
esplendor vibrante en un
compromiso completo con la
Justicia entre los hombres*

— **NUESTRA FE Y NUESTRA BUSQUEDA DE LA JUSTICIA** —

declarados y agnósticos, que sin ese compromiso sincero y profundo, expresado con frecuencia en el lenguaje del socialismo humanista, la acción por la Justicia se debilita y termina por desaparecer. Para los seguidores de Jesús el Servicio a la Fe florece con esplendor vibrante en un compromiso completo con la Justicia entre los hombres. Solamente cuando esa relación contemplativa, con el Dios de la Bondad y de la Justicia por la Fe, se une a la acción transformadora de la Justicia en las relaciones humanas, es cuando nos hacemos agentes poderosos para la realización de la voluntad de Dios, para establecer en la tierra una comunidad de justicia, paz y amor, como lo fueron los Profetas y Jesús de Nazaret.